

El Adviento es una ocasión para detenernos y darnos cuenta de la presencia de Dios en nuestra vida

iglesiaynuevaevangelizacion.blogspot.com

En la perspectiva realista del cristianismo, nuestra vida es una visita de Dios, un encuentro con Él cada día

No se trata de esperar sin más, con los brazos cruzados, a que suceda algo; es más bien una espera activa, tratando de percibir lo que sucede y de colaborar en lo que podamos con la acción divina

Un cuento de Adviento

El comienzo del adviento me ha traído a la memoria, una vez más, este cuento bien conocido.

«Martín era un humilde zapatero de un pequeño pueblo de montaña. Vivía solo. Hacía años que había enviudado y sus hijos habían marchado a la ciudad en busca de trabajo.

Martín, cada noche, antes de ir a dormir leía un trozo de los evangelios frente al fuego del hogar. Aquella noche se despertó sobresaltado. Había oído claramente una voz que le decía. “Martín, mañana Dios vendrá a verte”. Se levantó, pero no había nadie en la casa, ni fuera, claro está, a esas horas de la fría noche...

Se levantó muy temprano y barrió y adecentó su taller de zapatería. Dios debía encontrarlo todo perfecto. Y se puso a trabajar delante de la ventana, para ver quién pasaba por la calle. Al cabo de un rato vio pasar un vagabundo vestido de harapos y descalzo. Compadecido, se levantó inmediatamente, lo hizo entrar en su casa para que se calentara un rato junto al fuego. Le dio una taza de leche caliente y le preparó un paquete con pan, queso y fruta, para el camino y le regaló unos zapatos.

Llevaba otro rato trabajando cuando vio pasar a una joven viuda con su pequeño, muertos de frío. También los hizo pasar. Como ya era mediodía, los sentó a la mesa y sacó el puchero de la sopa excelente que había preparado por si Dios se quería quedar a comer. Además fue a buscar un abrigo de su mujer y otro de unos de sus hijos y se los dio para que no pasaran más frío.

Pasó la tarde y Martín se entristeció, porque Dios no aparecía. Sonó la campana de la puerta y se giró alegre creyendo que era Dios. La puerta se abrió con algo de violencia y entró dando tumbos el borracho del pueblo.

“¡Sólo faltaba este! Mira, que si ahora llega Dios...” —se dijo el zapatero.

“Tengo sed” —exclamó el borracho.

Y Martín acomodándolo en la mesa le sacó una jarra de agua y puso delante de él un plato con los restos de la sopa del mediodía.

Cuando el borracho marchó ya era muy de noche. Y Martín estaba muy triste. Dios no había venido. Se sentó ante el fuego del hogar. Tomó los evangelios y aquel día los abrió al azar. Y leyó:

—“Porque tuve hambre y me diste de comer, tuve sed y me diste de beber, estaba desnudo y me vestiste... Cada vez que lo hiciste con uno de mis pequeños, a mí me lo hiciste...”

Se le iluminó el rostro al pobre zapatero. ¡Claro que Dios le había visitado! ¡No una vez, sino tres veces! Y Martín, aquella noche, se durmió pensando que era el hombre más feliz del mundo...».

Adviento, esperanza de la venida de Dios que de muchas formas nos visita.

* * *

La visita de Dios

En el comienzo del adviento de 2009, **Benedicto XVI** se detenía en el uso de la palabra “adviento” (‘parousia’ en griego) por **San Pablo**, cuando invita a los cristianos a preparar «*la venida (‘adventus’) del Señor nuestro Jesucristo*» (1Ts 5, 23). Adviento es la visita de Dios, es nuestra espera y nuestra esperanza activa, es oración y es alegría.

1. **Adviento: la visita de Dios.** En el lenguaje antiguo, explicaba el Papa, ese término indicaba la llegada de un funcionario, la visita del rey o del emperador a una provincia. También podría indicar la visita de la divinidad que se manifiesta con poder, o a la que se celebra en el culto.

Pues bien, señala Benedicto XVI: «*Los cristianos adoptaron la palabra "Adviento" para expresar su relación con Jesucristo: **Jesús es el Rey, que ha entrado en esta pobre "provincia" denominada tierra para visitar a todos**; invita a participar en la fiesta de su Adviento a todos los que creen en él, a todos los que creen en su presencia en la asamblea litúrgica*».

De esta manera, con esa palabra, “adviento”, se quería decir: «*Dios está aquí, no se ha retirado del mundo, **no nos ha dejado solos**. Aunque no podamos verlo o tocarlo, como sucede con las realidades sensibles, **él está aquí y viene a visitarnos de múltiples maneras***».

Se trata, prosigue el Papa, nada menos que de la visita de Dios: «**Él entra en mi vida y quiere dirigirse a mí**».

Vencer la tiranía del activismo con la presencia de Dios

«*En la vida cotidiana —observa— todos experimentamos que tenemos poco tiempo para el Señor y también poco tiempo para nosotros. Acabamos dejándonos absorber por el ‘hacer’. ¿No es verdad que **con frecuencia es precisamente la actividad lo que nos domina**, la sociedad con sus múltiples intereses lo que monopoliza nuestra atención? ¿No es verdad que se dedica mucho tiempo al ocio y a todo tipo de diversiones? A veces las cosas nos ‘arrollan’*».

El Adviento —continúa— es una ocasión para **detenernos y darnos cuenta de la presencia de Dios en nuestra vida**. «*Es una invitación a comprender que los acontecimientos de cada día son gestos que Dios nos dirige, signos de su atención por cada uno de nosotros. ¡Cuán a menudo nos hace percibir Dios un poco de su amor!*». Y añade: «*Escribir —por decirlo así— un ‘diario interior’ de este amor sería una tarea hermosa y saludable para nuestra vida*».

¿Qué pasaría —cabría cuestionarse— si tuviéramos más presente al Señor?

«La certeza de su presencia —se pregunta Benedicto XVI— ¿no debería ayudarnos a **ver el mundo de otra manera?** ¿No debería ayudarnos a considerar toda nuestra existencia como 'visita', como un modo en que Él puede venir a nosotros y estar cerca de nosotros, en cualquier situación?».

Y es que, en la perspectiva realista del cristianismo, nuestra vida es una visita de Dios, un encuentro con Él cada día.

El Adviento es espera

2. En segundo lugar, otro elemento del Adviento, es la espera, «una espera —señala el Papa— que es al mismo tiempo esperanza». Notemos por tanto que **no se trata de esperar sin más, con los brazos cruzados, a que suceda algo; es más bien una espera activa**, tratando de percibir lo que sucede y de colaborar en lo que podamos con la acción divina. Así lo explica Benedicto XVI:

«El Adviento nos impulsa a entender el sentido del tiempo y de la historia como "kairós", como ocasión propicia para nuestra salvación». Continúa señalando cómo «Jesús explicó esta realidad misteriosa en muchas parábolas: en la narración de los siervos invitados a esperar el regreso de su dueño; en la parábola de las vírgenes que esperan al esposo; o en las de la siembra y la siega».

La espera de algo que ha de acontecer es **experiencia de todos**: «En la vida, el hombre está constantemente a la espera: cuando es niño quiere crecer; cuando es adulto busca la realización y el éxito; cuando es de edad avanzada aspira al merecido descanso».

«Pero —advierte el Papa— llega el momento en que descubre que ha esperado demasiado poco si, fuera de la profesión o de la posición social, no le queda nada más que esperar». Es, diríamos, como si alcanzada esa meta, o llegado el tiempo en que debería haberse alcanzado, no tuviera respuesta para esta pregunta: **¿Y ahora, qué?**

Para los cristianos **la esperanza está animada por una certeza**: «El Señor está presente a lo largo de nuestra vida, nos acompaña y un día enjugará también nuestras lágrimas. Un día, no lejano, todo encontrará su cumplimiento en el reino de Dios, reino de justicia y de paz».

Una espera que es esperanza

3. Añade Benedicto XVI que hay muchas maneras de esperar. Y es muy diferente el caso de que no se tenga nada de lo que se espera, del caso en que haya algo, aunque no sea pleno: «Si el tiempo no está lleno de **un presente cargado de sentido**, la espera puede resultar insoportable; si se espera algo, pero en este momento no hay nada, es decir, si el presente está vacío, cada instante que pasa parece exageradamente largo, y la espera se transforma en un peso demasiado grande, porque el futuro es del todo incierto. En cambio, cuando el tiempo está cargado de sentido, y en cada instante percibimos algo específico y positivo, entonces la alegría de la espera hace más valioso el presente».

Por eso, porque los cristianos ya tenemos al Señor en los dones que nos da (la fe, los sacramentos, la vida cristiana personal y en la Iglesia), aunque aún no nos hayamos unido a Él de modo pleno, podemos darnos cuenta de que **Dios está con nosotros** y llenarnos de esperanza en que se nos dará más plenamente aún.

«Queridos hermanos y hermanas, vivamos intensamente el presente, donde ya nos alcanzan los dones del Señor, vivámoslo proyectados hacia el futuro, **un futuro lleno de esperanza**».

Y así, «el Adviento cristiano es una ocasión para despertar de nuevo en nosotros el sentido verdadero de la espera, **volviendo al corazón de nuestra fe**, que es el misterio de Cristo, el Mesías esperado durante muchos siglos y que nació en la pobreza de Belén. Al venir entre nosotros, **nos trajo y sigue ofreciéndonos el don de su amor y de su salvación**. Presente entre nosotros, nos habla de muchas maneras: en la Sagrada Escritura, en el año litúrgico, en los santos, en los acontecimientos de la vida cotidiana, en toda la creación, que cambia de aspecto si detrás de ella se encuentra Él o si está ofuscada por la niebla de un origen y un futuro inciertos».

Tiempo de oración y de alegría

4. Dios está presente; se nos da de tantas maneras; ¿pero qué podemos hacer nosotros? He aquí la propuesta, que pasa necesariamente por la oración:

«Nosotros **podemos dirigirle la palabra, presentarle los sufrimientos que nos entristecen, la impaciencia y las preguntas que brotan de nuestro corazón**. Estamos seguros de que nos escucha siempre. Y si Jesús está presente, ya no existe un tiempo sin sentido y vacío. Si él está presente, podemos seguir esperando incluso cuando los demás ya no pueden asegurarnos ningún apoyo, incluso cuando el presente está lleno de dificultades».

«El Adviento es —concluye el Papa— el tiempo de la presencia y de la espera de lo eterno». Y añade: «Precisamente por esta razón es, de modo especial, **el tiempo de la alegría**, de una alegría interiorizada, que ningún sufrimiento puede eliminar. La alegría por el hecho de que Dios se ha hecho niño. Esta alegría, invisiblemente presente en nosotros, nos alienta a caminar confiados». En todo esto nos sostiene María, y nos obtiene la gracia de vivir este tiempo litúrgico «vigilantes y activos en la espera».

Ramiro Pellitero. Universidad de Navarra